

Gritos callejeros y susurros parlamentarios

(*Navarra Hoy*, 13. 03. 1988)

La política, esa conquista y administración del poder en una comunidad, se presenta como enfrentamiento de intereses materiales, como lucha de concepciones ideales o como ambas cosas a la vez. Pero siempre -y esto suele hoy olvidarse- resulta además el principal espectáculo deparado al ciudadano y, por ello mismo, un ámbito decisivo en la formación de su conciencia. Aquí toma pie mi pregunta: ¿es la actual política navarra un espectáculo positivamente aleccionador para el vecino foral?. No sobran datos para el optimismo, al menos si se observa las dos conductas contrapuestas que ahora les propongo.

A iniciativa de algún grupo político, Herri Batasuna acaba de ser castigada por incumplir sus deberes parlamentarios. Ya es sorprendente el grado de intachabilidad democrática que algunos se arrojan como para promover semejante medida. Más asombra, sin embargo, que los principales beneficiarios de la sistemática ausencia de aquella coalición se lo reprobren públicamente. De ser algo agradecida, esa holgada mayoría entre las fuerzas restantes debería más bien condecorar a la organización abertzale, otorgando un premio a la inhibición parlamentaria y a una impenitente mala conducta institucional que les deja las manos libres. Porque, vamos a ver, ¿hubiera sido el mismo el pacto de legislatura recién firmado por nuestros dos partidos mayoritarios, de asistir esos siete díscolos representantes abertzales a la Cámara?.

En tanto medita el lector su respuesta, vengamos a las hipotéticas razones esgrimidas (es decir, a las lecciones impartidas) por Herri Batasuna. La mentira de esta democracia, la inutilidad de las tareas parlamentarias, el Pueblo como solo sujeto político..., estarían tal vez entre las primeras enunciadas. De donde se desprende que la *borroka* sólo discurre en la calle, que el grito toma el lugar de la palabra y la manifestación el de la discusión, que una pancarta vale más que mil argumentos, y así sucesivamente. En verdad no se requiere mucho esfuerzo crítico para percibir la distancia que media entre nuestras instituciones y un gobierno de y para todos; ni mayor sensibilidad ética para experimentar lo que de diabólico se esconde en la lógica social reinante. Y, con todo, por maleada que juzguemos la voluntad general, por deficiente que sea la participación popular, no resulta fácil desdeñar la democracia representativa. Ni en teoría, salvo que nos creyésemos depositarios de la Verdad para

nuestra *polis*; ni en la práctica, a menos que nos deslicemos hacia militarismos, fascismos o totalitarismos de toda ralea. El Parlamento es, como poco, un instrumento de control de la Administración y el foro público por excelencia de las ideas y proyectos colectivos. Rechazarlo por la brava equivaldría a dejar la suerte ciudadana al arbitrio de la ley de la selva; a introducir la sospecha de que, cuando se está en minoría, lo único correcto es romper la baraja; a suponer, en fin, que la política es un arte sin mediaciones, en el que se obtiene lo que se desea por el mero hecho de desearlo...

Habría seguramente otros motivos más particulares que explicarían el mutis sistemático de Herri Batasuna de la escena parlamentaria. Mientras lo único grave que afecte a la sociedad navarra sea al parecer el reconocimiento universal de su condición vasca y, coyunturalmente, la negociación con ETA y la salida de sus presos, nada más lógico que su inasistencia a un órgano legislativo de alcance regional (aunque ya no lo es tanto su abandono de las Cortes del Estado). Pero es de temer que el ciudadano común no vea así las cosas y sitúe la cuestión nacional -con el debido respeto- muy por detrás de los problemas relacionados con el injusto reparto del dinero público, el paro incontenible, la especulación de la vivienda, el destino de las inversiones en industria o la creación de la Universidad Pública. Sea como fuere, ¿qué mejor que servirse de la tribuna parlamentaria para ilustrar a tibios y oponentes sobre la excelencia del propio ideario?. En su lugar, se ha optado por eludir toda confrontación dialéctica, lanzar guiños cifrados a los ya convencidos... y consentir sin pestañear que las subvenciones públicas tomaran derroteros notoriamente privados.

Se replicará aquello de que "hacemos lo que quieren nuestros electores"; pero tal cosa no vale para ellos como para ninguna otra formación política. No se deben sólo a sus votantes, una vez incorporados al mecanismo electoral, sino a la totalidad de los ciudadanos, Ni son ni deben ser simples portavoces automáticos de la voluntad de sus partidarios, porque les toca también la tarea de depurar y orientar la conciencia pública de esos seguidores. En este caso, y precisamente por su indudable arrastre del voto juvenil, su primera responsabilidad estriba en dotar de creciente contenido racional las apasionadas reivindicaciones de los correligionarios. O sea, justamente lo contrario de hacer prender en el inflamable ardor de sus huestes una de las creencias más reaccionarias que aún circulan por Europa: la del *Espíritu Nacional*.

En la franja opuesta tampoco se aprecia un ejercicio de mayor altura pedagógica. Más aún, habría que decir que la escandalosa coyunda entre PSOE y UPN

no puede por menos de contribuir a arraigar los prejuicios antiparlamentarios de los nacionalistas radicales. Es cierto que los contrayentes están en su derecho y que este acuerdo es una de las múltiples posibilidades legales que permite el juego de poderes; sólo que no parece, cívicamente hablando, la más ejemplar.

Lo haya sentido así o no, el elector ha salido de éstas objetivamente defraudado. No se conoce votante que pretenda sin más el poder para la fuerza política de su preferencia, sino en todo caso el *poder* para un *determinado hacer*. Es dudoso, pues, que aquel elector quede satisfecho cuando comprueba que su designado se afana en ejecutar el programa de acción del contrario. El escaldado ciudadano puede incluso extraer de ello enseñanzas un tanto desalentadoras: que, si el primer objetivo (con harta frecuencia, ay, el único) del poder es conservarse como poder, para eso lo mismo da votar a unos, a otros o no votar. Pero, oiga usted -interrumpe el enterado-, ¿acaso la consabida gobernabilidad de Navarra no obligaba al pacto?. Tal vez, y no sería la ciudadanía sensata quien se negase a un acuerdo razonable. Pero los socialistas podían haber buscado sus aliados entre los próximos, sin necesidad de echar los tejos a su más directo contrincante. Y así es como la supuesto gobernabilidad de Navarra se ha garantizado merced a incrementar el bienestar de los pocos que ya lo disfrutaban, en servicios claves como el educativo y el universitario, y el malestar de la población restante. Se ha invertido la fórmula del *Estado del bienestar* a costa de sacrificarlo, no al bienestar del Estado, sino lisa y llanamente al *bienestar del Gobierno*.

¿Y por qué no arriesgarse el frágil partido en el poder a gobernar en solitario, a pelear en el Parlamento por cada uno de los capítulos del presupuesto?. Ciertamente se exponían a ganar unas veces y perder otras. Pero con seguridad habrían forzado a los grupos de centro y nacionalistas a demostrar que son lo que dicen ser, y a la derecha a revelar los nobles ideales que les animan. Tras este matrimonio político de conveniencia, las cartas están marcadas: a aquéllos se les brinda un papel de oposición demasiado fácil, mientras que con éstos se queda definitivamente hipotecado. Ahora al Gobierno sólo le cabe no alejarse en exceso de los primeros y no irritar a los últimos. Es decir, practicar una *política amedrentada*.

Uno y otro han dictado de este modo su última lección: la alianza que acaban de sellar ha vaciado al Parlamento de varias de sus funciones primordiales, con el resultado de dejar así trucada durante cuatro años la política foral. Ningún nuevo acontecimiento, por sonoro que sea, tiene por qué turbar esta armonía preestablecida.

Lo que allí ocurra en este período deberá ser la representación fiel de un guión ya escrito por y para los principales protagonistas. Si antes del pacto a la derecha le ha bastado imponer sus condiciones sin razonarlas, a lo largo de esta legislatura ambas facciones gobernantes sólo habrán de votar lo ya estipulado y no debatirlo. Asistiremos a la "proletarización intelectual" del Parlamento, que Max Weber anunciara. Al hurtarles así su más digna herramienta, el discurso, los parlamentarios de la nueva mayoría quedarán reducidos a la condición de "ganado votante bien disciplinado"; los de la minoría, conminados a actuar como comparsa más o menos resignada. Será, como se ve, el *atado y bien atado* de los tiempos democráticos. Y el ciudadano aprenderá, de una vez por todas, que contra el pragmatismo no hay ideología que valga; o mejor, que el poder no tiene más ideología que el pragmatismo.

Entre aquellos gritos y estos susurros, apostemos por recuperar algún día el uso político de la palabra.